

Baptiste Beaulieu

La balada del niño que quería un abrazo



Grijalbo **narrativa**

BAPTISTE BEAULIEU

La balada del niño
que quería un abrazo

Traducción de
Patricia Sierra Gutiérrez

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Augustin, mi niño gris.
Para mi madre, y para las de los demás*

Todos los cretenses son
unos mentirosos.

EPIMÉNIDES DE CRETA

Habla bajo, si es de
amor,
al borde de las tum-
bas.

PAUL-JEAN TOULET

El día del Desgarro

¿El número total de estrellas en el Universo es par o impar? Jonas no lo sabía, pero la pregunta le parecía importante.

Domingo, 9.54, periferia de París. El brillante estudiante de Medicina de veinticuatro años observaba el cielo nocturno pintado en la cabina del ascensor cuando una sacudida lo sacó de su ensimismamiento. Había llegado. Séptima planta. Pediatría. Allí siempre olía igual: al desinfectante del suelo y a orina fría. Le gustaba, era como si ese olor tuviera una vieja voz —una de esas voces que mascan tabaco más que lo fuman— que le susurraba: «¡Eh, eh, chico! ¡Aquí se salvan vidas!».

A las 9.58 Jo' empujó con cuidado la puerta de la unidad cuando le vibró el teléfono. La noticia que le dio su madre lo impactó. Prometió llegar lo antes posible y acto seguido colgó. Estaba temblando.

Ya eran las 10.02. A unos metros de la habitación 33, se agachó para beber de la fuente de agua del pasillo y se golpeó contra el grifo.

«¡No seas quejica!», se reprendió con una mano en la frente, que le sangraba, y la otra en el pomo de la puerta.

Habitación 33...

Si hubiera sabido lo que le esperaba en esa habitación, Jo' se habría dado media vuelta inmediatamente y habría

echado a correr como alma que llevara el diablo. Porque el destino había decidido que no llegaría a tiempo para consolar a su madre: se quedaría en ese hospital todo el día y toda la noche, no podría abandonarlo hasta la mañana del día siguiente, dos horas antes del alba, exhausto, con el alma envejecida.

A las 10.04 Jo' entró en la habitación 33, vio a Maria Tuli-th y a su hijo de siete años tumbado en la cama.

A las 10.10 se produjo entre ellos lo que Jonas llamaría «el Desgarro». Toda su vida habría un antes y un después de ese Desgarro.

Por culpa de él se fue de viaje, cruzó montañas y atravesó mares, hasta el otro extremo del mundo, para reinventar su vida y encontrar la verdad.

Con el fantasma del niño.

PRIMERA PARTE

La puerta mágica

Después del Desgarro

Jo'

Mi vida parecía perfecta antes de que irrumpiera en ella el niño gris.

Pienso en el día de mi nacimiento, por ejemplo, y me imagino un querubín mofletudo y sonrosado saliendo del vientre materno. Aprieta entre sus pequeñas manos regordetas unas tijeras de oro listas para cortar, tendido entre las rodillas de su madre, la cinta de inauguración de la gran fiesta que será su existencia hasta el Desgarro.

Mi infancia fue tranquila, sin sobresaltos ni violencia. Dos hermanas mayores muy cariñosas y una madre protectora me mimaron. Las tres me enseñaron a amar la belleza, buscar la verdad y rechazar la injusticia.

Soy más bien alto (la estatura que gusta a las mujeres y, por tanto, la única que vale aquí abajo). En el colegio, antes de que mi cuerpo se desarrollara, me eligieron «la chica más guapa del último curso», una crueldad, pero menor si se la compara con la suerte reservada a Laura, una compañera que lloró al conseguir el título, poco envidiable, de «el chico más feo del colegio». Mi cara se parece a la de mi madre, si bien con mandíbulas más fuertes. Mi madre es guapa, yo soy guapo. Ojos verdes. Hoyuelos marcados,

gracias a los cuales todas mis frases parecen bromas entrecuilladas. Una melancolía encantadora se apoya en mis hombros caídos, pero no me importa porque son anchos, y eso también gusta.

Todos los domingos mi madre se esfuerza preparándonos su pretenciosa *torta meringata al limone* para desayunar, en una conmovedora tentativa de reconciliarse con sus orígenes italianos. Pero es una pésima cocinera, así que su tarta de limón siempre le sale mal. «Está rica, ¿eh?», me pregunta invariablemente. Y pienso: «¿Quieres que te diga lo que deseas oír o la verdad, mamá?», pero me callo y recojo las migas con la yema de los dedos, incluso lamo el plato delante de ella. Cada lengüetazo es una confesión disfrazada: «Te quiero, mamá. Nunca te lo digo, pero te quiero». Tenía la mejor familia del mundo. La mejor... No me faltaba nada y disfrutaba, gracias a ella, de una idea bastante concreta del amor. También gracias a Manon.

La verdad es que el niño entró en mi existencia en tromba, como una bola en un juego de bolos, derribando en unos días el palacio de ilusiones que pacientemente había construido desde hacía cuatro años, fecha en la que conocí a Manon, una estudiante de Enfermería. Fue una noche memorable en la que había bebido demasiado, en la que ella estaba ebria; ya teníamos algo en común. Esa noche, en cuanto sus grandes ojos dorados se sumergieron en los míos, reinó en mi alma. Me pareció la chica más guapa sobre la Tierra. Me planté delante de ella con la mano en el corazón.

—No sé quién eres —le dije—, pero ¡quiero tener hijos contigo! Ni uno ni dos. ¡Quiero veinte, cien, mil, quiero repoblar el desierto de Chihuahua, invadir el de Karakum y colonizar el de Atacama entero!

Ella suspiró sonoramente.

—Eso será sin mí, Gengis Khan... —soltó, y se dio la vuelta. Su voz era perfecta para emitir dictámenes.

La sujeté del codo.

—Perdóname, yo... En fin..., mi presentación ha sido patética. Si quieres, empezamos por la región de Auvernia.

Se echó a reír, se puso de puntillas y me susurró al oído:

—Escúchame bien, Atila: tendré hijos cuando la máquina para viajar en el tiempo exista porque quiero educarlos en los años sesenta.

Al final de la noche al menos había conseguido saber su nombre. Mejor aún, aceptó cenar conmigo en el minúsculo estudio que la facultad me permitía alquilar por una suma ridícula.

—El próximo lunes —decidió Manon haciendo una mueca, luego dio media vuelta y desapareció como una princesa de cuento de hadas al oír las campanadas de la medianoche.

La semana pasó volando.

—¡Ooooooh!

En cuanto atravesó el quicio de mi puerta, su boca se abrió, inmensa, redonda.

—¡Ooooooh! —repitió.

Durante siete días yo había recorrido las tiendas de segunda mano, las de discos, las de intercambio y otros nidos

de polvo de la ciudad. Me había puesto unos pantalones de cuadros ajustados, un jersey de cuello vuelto y el peinado a juego. Petula Clark cantaba «Ya Ya Twist», y mi pared estaba forrada con coloridos carteles en los que posaban Françoise Dorléac y Catherine Deneuve.

Adopté un aire indiferente.

—Llegas demasiado pronto, Manon. Estaba cosiéndote un vestido con discos de vinilo mientras veía mi película favorita...

Sus carnosos labios se cerraron, rebeldes. No podía dejar de mirar esos labios pintados. Desde Adán, los hombres se apasionan por ese tipo de bocas.

—Aaah...Y ¿qué veías, Ringo?

—*Mary Poppins*.

—¿Qué? ¿*Mary Poppins*? —Me ofreció la palma de la mano—. ¡Chócala, eres el hombre de mi vida!

Se la choqué, y se la noté caliente. Se partió de risa, una risa tan fuerte, tan abierta al mundo, al otro, a mí, que podría haberle contado todos los dientes... El cerebro es como el corazón: en general, son órganos caprichosos. Funcionan todas las horas del día, todos los días del año y, sin embargo, te abandonan en el mismo instante en el que te enamoras.

De esa primera cita con Manon habían pasado ya cuatro años. Cuatro primaveras, cuatro inviernos. Cuatro años... Pensaba que la querría tanto para siempre. Lo creía de verdad. En cuanto a mis ansias de paternidad, dos meses de prácticas en Pediatría disminuyeron mis ganas de invadir la Patagonia (un anhelo que el niño gris iba a enviar definitiva-

mente al olvido). Todo lo que medía menos de un metro veinte, se metía los dedos en la nariz y gimoteaba me provocaba ganas de tragarme una tableta entera de ansiolíticos. De vez en cuando tenía recaídas: me veía, majestuoso, como patriarca, rodeado de doce niños pequeños enérgicos, astutos, rubios y soñadores... También había un labrador. Era el más estúpido de los perros del mundo, de esos chuchos que creen que los nenúfares son hierba y que podrá andar sobre ellos. En mi sueño, nuestros vecinos estaban muertos de envidia (ya se sabe que para ser feliz los celos de los demás son importantes...; los celos y los lavavajillas). Manon era esa promesa, dulce y colorida, de una familia perfecta y con una casa grande. Aun así, dado que yo era demasiado inmaduro, demasiado inconstante, no me veía del todo convertido en padre.

Y entonces el alma de aquel niño me cayó encima sin previo aviso.

Eran más de las diez cuando abrí un ojo esa mañana. La respiración de Manon era profunda, y regular. Había tenido su mano entre las mías toda la noche, una noche corta y alcoholizada. La besé en la frente y abandoné la habitación de puntillas rascándome el triángulo de pelos rubios bajo el ombligo. Al llegar al salón, me golpeé el dedo gordo del pie contra la puerta del cuarto de baño y solté un taco. Busqué a tientas el interruptor, y cuando di la luz la bombilla colgada del techo chisporroteó durante diez segundos (chisporrotea siempre, tanto que sospecho que se comuni-

ca en morse conmigo, como si me silabeara: «¡DE-JA-DE-DAR-VUEL-TAS-AL-RE-DE-DOR-DEL-VÁ-TER!»). Cuando el filamento dejó de tartamudear, levanté la cabeza y di un grito.

El niño estaba allí, con sus ojos de porcelana.

En la oscuridad y el infinito de sus siete años.

Solo.

Exactamente en la misma posición que en nuestro primer encuentro en el hospital, 61 días antes del Desgarro.

En el hospital 61 días antes del Desgarro

Un niño pequeño. Rubio. Solitario. Apoyado contra el marco de la puerta de la habitación 201 de la unidad de Pediatría de la séptima planta del hospital de V.

Tez de pizarra clara, cara salpicada de manchas rojizas. Tiene casi siete años. Con una mano juguetea con una libreta de espiral, con la otra se tira del jersey haciendo ceder las costuras, para disimular cada centímetro cuadrado de su piel grisácea. Se niega a unirse a los demás para jugar. De vez en cuando se le ve mirar a derecha e izquierda y, si no hay nadie alrededor, se suelta la ropa, y la vergüenza, y la epidermis aparece.

Este día unos payasos voluntarios han ido a divertir a los chicos durante una tarde.

¡Tachán, tachán, tralarí, tralará...! Los niños ríen.

—¿No quieres ir con ellos? —pregunta Jo' al pequeño que se muerde el labio inferior—. Estoy seguro de que Ismaël, Louise y Arthur estarán contentos de tener un nuevo amigo.

—No.

Jo' se da cuenta: ¡cómo le gustaría formar parte del grupo! Y ¡cuánto miedo tiene!